

UN CORAZON DE ORO.

Á VIRGINITA.

I.

Una sala pequeña: más de veinte cabecitas inclinadas sobre sus bordados trabajando con incansable laboriosidad y queriendo con su precipitación detener los últimos rayos del sol que penetran por la velada vidriera; la profesora frente á su mesa entretenida en hojear un libro y echar miradas furtivas al grupo de las graciosas educandas.

Tal es el cuadro que ofrecia el interior de un piso segundo de la calle de... colegio de enseñanza dirigido por una de las más acreditadas maestras de esta corte, y que al dia siguiente cerraba sus clases para conceder dos meses de vacaciones á las niñas.

No hubo pasado media hora, cuando ya apenas se podian distinguir los objetos.

—Basta,— exclamó la profesora dirigiéndose á sus discípulas,—

basta; la que no haya terminado puede llevarse á su casa la labor para traerla mañana á primera hora. Esa precipitación puede ser motivo de que no quedasen bien, y debéis siempre evitar, miéntas esté en vuestras manos que tal suceda. Mañana, á las dos de la tarde, aquí puntuales; á esa hora he citado á toda la gente.

Un religioso silencio recibió estas palabras de la maestra. Pasados breves momentos, prosiguió:

—Se repartirán, como todos los sábados, los premios, aunque con alguna más solemnidad, y se dará cuenta á las respectivas familias de la conducta y aplicación observada por cada una. No quedarán descontentas,—añadió fijando la vista en una hermosa niña de diez años que de léjos la escuchaba,—las que han sabido aprovechar el año. Vayan con Dios.

Todas recogieron sus labores y

traspusieron los umbrales de aquella casa, unas con la conciencia pesadosa é intranquila, otras con la satisfaccion de la que ha cumplido con un deber. La tarde siguiente era para ellas de esas que no se olvidan ni en los lejanos dias en que la memoria se marchita al frio contacto de los cabellos de nieve.

II.

Ya en la calle se dividieron en preciosos grupos de ángeles traviosos y juguetones. Uno de ellos lo formaban la niña aludida por la profesora momentos ántes, y que se llamaba Isabel, y otra compañera tambien del mismo nombre; ambas departian amigablemente, aunque en el rostro de la segunda se observaban señales de contradiccion y mal humor.

—¿Y dices que esta noche terminas la labor?

—Tal creo si no se opondrá algun contratiempo.

—Me han dicho que la estampa de mañana es la de Santa Isabel... por supuesto tú te la llevarás.

—No lo sé.

—Sin duda alguna; todo el año te ha distinguido con su aprecio la profesora y no ha de variar el último dia. Además he observado que esta tarde te dirigió una mirada al hablar de las que saldrán premiadas... tú te llevarás la santa, y así podrás terminar este año la magnífica colección que te han regalado.

—Por pura bondad de la maestra.

—No lo digo por mí, pero otras están muy desaminadas al ver la predilección con que te distingue. Yo creo que te la mereces... pero las habladoras...

—Déjalas, aunque siento que tengan ese concepto de mí.

—Ya llegamos. Quiero acompañarte á tu casa y subir contigo á tu habitación.

—Vamos.

Subieron al cuarto de Isabel; allí la esperaba su madre, viuda de un modelo de esposos y á quien hacia más grata la vida una hija como la suya, que á los encantos personales unía un talento claro y mucha constancia en el estudio. Cuando vió entrar á las dos niñas las besó con efusión y oyó gustosa su alegre charla.

Después quedó sola con su hija, mientras que la otra penetró en la habitación de su amiga, y con intención dañada, hija de la envidia, buscó algun objeto en que desatar el mal humor que la daba ver cómo Isabel conseguía los primeros premios y el aprecio de todo el mundo.

La estampa del dia siguiente fué su constante ambición de todo el año, y se aumentó su empeño de obtenerla al saber que representaba á su santa. Buscó la labor de su compañera, pero en vano, pues Isabel la tenía consigo; queria deshacerla ó por lo ménos contribuir á que se retrasara. Dios evitó sus malos designios.

Pronto un gorjeo armonioso y dulce, llegó á sus oídos; era el de un travieso canario que saltaba sin cesar entre los palillos de su jaula, colocada sobre una silla. Isabel recordó entónces que su amiga adoraba al canario, regalo de su buena madre, y que darle la libertad sería causa de desazon para ella.

—Sí...—se dijo;—ya que me hi-

zo padecer tanto, justo es que me lo pague. Tal vez esto la haga descuidar su trabajo... ¡oh, si lo lograra, Dios mio, la Santa Isabel sería para mí!

Y acompañando á su mala idea la accion, lanzóse ligera sobre la jaula, abrió la puertecilla mal sujeta y espantó á la temerosa avecilla que traspuso los umbrales de su regalada prision.

Corrió en seguida en busca de su amiga, para que no notara el feo acto que habia realizado, y allí estuvo hasta que su criada impaciente la condujo á su casa, calle más arriba de aquella en que habitaba su envidiada competidora.

III.

Ya habian terminado de comer hacia gran rato: Isabel, impaciente, pidió permiso á su madre para acabar la labor del dia siguiente. Ambas se dirigieron al pequeño gabinete que se habia destinado exclusivamente para recreo y estudio de la buena niña.

Allí, apoyada en su mesita, en la que brillaba una lamparilla toda de cristal, se puso á trabajar Isabel. Su madre mataba el tiempo cosiendo ó escuchando embebida los más nimios relatos de su hija.

Apénas trascurrieron algunos minutos, una extraña y vaga idea cruzó por la mente de Isabel; sentia como si la faltara algo familiar, y sus ojos se fijaron indistintamente en los objetos que la rodeaban. De pronto se acordó del pobre pajarillo, á quien no habia hecho una caricia en toda la tarde, preocupada con los sucesos del dia siguiente, y

cuyos suaves gorjeos no habia oido como de costumbre. Corrió á buscarlo, y cuál no sería su asombro y pena al ver desierta la jaula.

Un suspiro, que parecia una exclamacion, salió de su garganta.

—¡Mamá!—exclamó,—¡el canario ha volado!

—¡Cómo, hija mia!

—No sé quién habrá abierto la jaula... ¡pobrecillo!...

—Nadie ha entrado aquí... ¡Ah, sí!... tu amiga Isabel vino esta tarde, y recuerdo que entró solo á esta habitacion; tal vez ella...

—¿Y por qué?...

—Por nada, hija mia, por nada...

Y pensó para sí:—¡Pobre inocente! ¡Cuánto ignoras lo que puede la envidia!—Pero quiso consolarla, y añadió en voz alta:

—No lo llores; otro vendrá mañana á sustituirle.

—¡Le quise tanto!

En este momento, de un objeto de la rinconera saltó el pobre pajarillo, al ver, sin duda como otras veces, que su ama se habia dirigido á su jaula para hacerle una caricia; el instinto pudo más en la mísera avecilla, y la gratitud la hizo tender sus alas hasta tocar la cabecita de Isabel.

Esta vió á su perdido canario y le besó mil veces con verdaderos trasportes de alegría. Todo aquel poema de ternura habia terminado; despues se unieron la voz del pajarillo y la de la inocente niña, y un coro celestial elevóse entre los átomos impalpables del aire hasta el trono de la excelsa Virgen.

Isabel continuó su labor; la ma-

dre meditaba silenciosa sobre aquel incidente, y el pajarillo cantaba de nuevo aprisionado, como bendiciendo tan dulces cadenas.

La envidiosa amiga quiso causar una desazon á su condiscípula, y soltó al pájaro sin reparar que las vidrieras estaban cerradas.

Parece que Dios lo hace; siempre por algun detalle se ven frustrados los planes que sugiere el ángel malo.

IV.

Ha llegado por fin el momento que con tanta impaciencia esperaban madres é hijas.

La sala grande, el *paraninfo*, como quien dice, de la ilustrada profesora, está severamente adornada. Planos, terminaciones de verbos, una pizarra pequeña é infinidad de sillas, en las cuales apenas caben las invitadas, constituyen el principal mueblaje de la espaciosa habitacion. A un lado, las labores terminadas, cubiertas con un pañuelo blanco; al otro, las mesas con los adelantos caligráficos de las aventajadas discipulas.

La maestra, vestida de negro, preside el acto tan solemne; aquello infunde más respeto que un tribunal de justicia. Se leen los nombres de las premiadas.

Isabel es la primera: una medalla y una estampa al cromo muy bonita.

Su madre apenas puede tenerse de satisfaccion. Isabel va á recoger el premio: está inmutada; acércase, y la profesora le dirige breves frases de cariño y de encomio. Al volverse, todas las madres la miran con envidia, y la besan y la abrazan. Su triunfo la llena de un rubor

angelical, y apenas en su turbacion encuentra palabras con que responder á los plácemes.

Ve á su amiga Isabel pálida y cabizbaja en un extremo; se dirige á ella, y la pregunta afectuosamente:

—¿Fuistes tú ayer quien jugando con mi canario?...

—Yo... perdóname.

Estas palabras salieron de sus labios medrosamente, creyendo que Isabel la recriminaria y acusaria á la maestra; pero en aquel momento sólo pudo oir esta palabra:

—Espera.

Isabel, acto continuo, se dirigió corriendo á su madre, y la dijo en voz baja:

—Mamá, ¿me permites regalar esta Santa Isabel á una condiscípula?

—Sí, hija mia; haz lo que quieras.

Entónces la generosa niña se volvió, y dijo á su compañera:

—Para que veas cuán poco rencor te guardo, me permito ofrecerte esta estampa; si por esto me querias tan mal, si esto te causaba daño... dispénsame tú.

Las dos amigas se abrazaron enternecidas. En aquel momento la envidiosa del dia anterior no hubiera sido capaz de un acto malo; se habia arrepentido verdaderamente al ver esta accion.

Isabel volvió al lado de su madre, que, besándola y con lágrimas en los ojos, la dijo:

—He comprendido cuánto has hecho; hoy te he visto más hermosa que nunca, y jamás olvidaré tu comportamiento. Eres un ángel, hija mia... ¡te prometo otra Santa Isabel más bonita!

JAVIER GOMEZ DE LA SERNA.

UNA SIESTA BIEN APROVECHADA

(Continuacion.)

—¡Es verdad!—exclamaron las niñas.

—¿Y eso prueba la presion del aire?—preguntó Anita.

—¿Qué duda tiene? Vosotras sabeis que el agua pesa; pues bien, si no hubiese una fuerza que apretase el papel contra el borde del vaso, aquéllase derramaria. La presion del aire que hay entre el papel y el suelo es la que le impide hacerlo. Mas estamos hablando del aire, como si vosotras supieseis lo que es.

—¡Vaya si lo sabemos!—exclamaron á la vez las dos niñas.

—¡Ah! ¿lo sabeis?—dijo D. Enrique con maliciosa sonrisa;—pues bien, explicádmelo.

—El aire es... una cosa azul...—balbuceó Rosita.

—Que llega hasta el cielo,—añadió resueltamente Anita.

—Os equivocais de medio á medio,—dijo su papá;—ni el aire es azul, ni llena todo el espacio que se extiende ante nuestra vista. El aire es incoloro.

—Pues yo lo veo azul,—repuso Rosita.

—Eso es porque las ténues partículas de que está formado,—añadió D. Enrique,—reflejan una parte de los rayos azules de la luz; lo cual hace que visto en grandes ma-

sas se nos presente de ese color. Y si no, decidme: ¿de qué color es el contenido de esa botella de cristal?

—De ninguno,—dijo Anita.—Esa botella está vacía.

—Esa botella está llena de aire, Anita, y ya ves que su color no es azul, como tampoco lo es el aire que média entre nosotros,—dijo D. Enrique.—Y es que el aire visto en pequeñas masas es muy transparente.

—¿Ha dicho Vd. que el aire no llegaba hasta el cielo?—preguntó Anita.

—Primero dime qué es lo que entiendes por cielo,—dijo su papá.

—Entiendo por cielo... esa bóveda en que brillan las estrellas,—repuso la niña.

—Esa es otra ilusion de nuestros sentidos,—dijo D. Enrique;—el espacio no tiene bóveda, y las estrellas se encuentran en él tan aisladas como la tierra. La causa de esta ilusion no es otra que la desviacion de los rayos de la luz en las capas cada vez más densas de la atmósfera. Se supone que la altura de ésta es de unos 80 kilómetros, pero otros la hacen llegar á 340, mas á esta altura debe ser muy rareficada, pues es un hecho probado que á la de 10 kilómetros es ya im-

posible la respiracion. Ahora bien: de los cuerpos que giran en el espacio, el más próximo á la tierra es la luna, y el centro de ésta dista del de nuestro planeta nada ménos que 384 millones de kilómetros; de modo que la altura de nuestra atmósfera, áun suponiendo que sea de 340 kilómetros, no llega á la millonésima parte de la distancia que nos separa de nuestro satélite.

—¡Jesus! ¡y qué modo de contar kilómetros! — exclamó Doña María.

—Y sin embargo, los dichos son nada comparados con la distancia que nos separa de las estrellas, y ménos aún con relacion á la inmensidad del espacio,—dijo su esposo.

—¿Y éste está completamente vacío?—preguntó aquélla.

—Se supone que está lleno de una materia sumamente sutil, á la que se da el nombre de *éter*,—contestó D. Enrique.—Mas veamos qué es el aire. Este se compone de 79 partes de *oxígeno*, 21 de *nitrógeno* ó *ázo*e y de 2 á 6 diezmilésimas de *ácido carbónico*.

—En eso sí que no entiendo nada,—dijo Rosita.

—Ni yo tampoco,—añadió Anita.

—Trataré de explicarme,—repuso su papá.—El oxígeno es un gas sin el cual nos sería imposible vivir; es el que nosotros respiramos, penetra por los pulmones en nuestras venas, da á nuestra sangre ese

color rojo que la distingue y desarrolla, y conserva el calor en nuestros órganos. Así como nosotros no podríamos vivir sin oxígeno, las plantas no podrian vivir sin el ácido carbónico. Los vegetales absorben este gas, que es un compuesto de oxígeno y de carbono, devuelven el oxígeno á la atmósfera y se asimilan el carbono con el que construyen las innumerables celdillas de que están formados. Por lo que hace el nitrógeno, no sólo impide que el oxígeno obre con demasiada energía en la respiracion de los animales, sino que contribuye poderosamente á la formacion de sus diferentes órganos. En lo sucesivo sabreis á lo ménos el papel que los *gases* componentes de la atmósfera desempeñan en la naturaleza.

—Procuraré recordarlo,—dijo Anita.

—Pero aún me falta hablaros de otro gas que ordinariamente se encuentra en ella en considerable cantidad,—dijo D. Enrique,—y que es preciso conozcais: me refiero al *vapor de agua*.

—¿Qué vapor es ese, papá?—preguntó Rosita.

—¿No has observado que cuando el agua contenida en un puchero hierve sale de ella un humo denso y húmedo? Pues ese humo es el vapor de agua,—dijo Doña María.

—La presencia de este vapor en el aire es muy útil á la vida de todos

los séres,—prosiguió diciendo Don Enrique;—á él se debe ese hermoso color sonrosado con que se reviste el horizonte ántes de salir el sol, lo mismo que esos brillantes matices de púrpura y de oro sobre que se destaca la silueta de las montañas durante el crepúsculo de la tarde.

Si desapareciese la atmósfera, hijas mías, sería de todo punto imposible la vida en la tierra. Los rayos del sol, cayendo directamente sobre ella, abrasarian la superficie iluminada por ellos, en tanto que la parte que permaneciese en la sombra tendria una temperatura más baja que la de los polos. Se pa-

saria sin transición de un calor muy fuerte á un frío muy intenso, como se pasaria asimismo de una oscuridad completa á una claridad insostenible; porque sin la atmósfera no habria esos crepúsculos que son uno de los mayores encantos de la naturaleza. Sin esa capa de aire que rodea á la tierra, el cielo, en vez de presentársenos revestido del hermoso color azul que le distingue, se nos presentaria como un inmenso manto negro salpicado de estrellas sin brillo.

(Se continuará.)

CELSE GOMIS.

GALERÍA DE DESGRACIADOS.

II.

Un músico.

De este artista que ya va
A dejar pronto la tierra,
Voy de su vida á contarte
Las gracias y peripecias.
Nació el año diez y seis,
Pero ni él mismo recuerda
Si fué en villa ó en ciudad,
O en caserío de aldea:
Ni si su madre era guapa,
Ni si era rubia su abuela,
Ni si su padre fué rico;
Únicamente conserva
En su memoria que nunca
Pidió llorando la teta,
Que siempre tuvo narices,
Abultada la *mollera*,
Los brazos como palillos,
Como un alambre las piernas,
Que en cuanto tuvo seis años
Se pasaba horas enteras
Diciendo: *do re mi sol*
Y rascando una vigüela;
Después en la Guardia real
Sentó plaza de trompeta,
Y por no oírle los otros

Las dianas ni retretas,
Metíanse en el oído
La punta de las orejas,
Hasta que al fin, por no ver
Caballería tan fea,
Dióle al punto el comandante
La *absoluta* y la trompeta.
Con su pito y el papel
Entrar pudo en una orquesta
De un reñidero de gallos
A ganar media peseta,
En donde de un entusiasta
Por tan estúpida fiesta,
Músico de profesion
Y *mellado*, por más señas,
Logró pronto hacerse amigo,
Y que lecciones le diera,
Pues deseaba tocar
Un instrumento de cuerda.
A los cuatro meses justos,
Más que con arte, con fuerza,
Sacaba en el violín
Villancicos y manchegas,
Y así sucesivamente
Tonadillas y zarzuelas,
Logrando al fin de un teatro
Formar parte de la orquesta.
Pero sucedió una noche
Que mirando á una bolera,

Se distrajo de tal modo
Que, desde unas malagueñas,
Y sólo con su permiso,
Se pasó al *requiem eternam*.
¡Figúrate tú, lector,
Si se armaría allí gresca!...
Mas mi héroe, firme que firme,
Sin atender á advertencias
De sus buenos compañeros
Ni aún del director de orquesta,
Por más que hasta le tiró
La batuta á la cabeza...
Ya algunos se alborotaron,
Comenzaron las quimeras,

Y apagáronse por último
Mecheros y candilejas.
Hubo sustos, golpes, robos,
Y otras cuantas frioleras,
Como fueron el romperse
Algunos brazos y piernas.
Por fin mi artista logró
Verse en la calle, y en ella,
Desde entónces toca siempre
Y por su riesgo y su cuenta.
El á la *Norma* destroza,
Al *Troador* le desuella,
Descuartiza á *Poliutto*,
A la *Favorita* pega,



A la *Sonámbula* aplasta
Y martiriza al *Profeta*.
A *Rossini* y á *Mozart*
Les trata con gran franqueza,
Y de *Bellini* y de *Wagner*
Algunas obras enmienda.
Así es que por esas calles,
Por paseos y plazuelas,
Huyen de él los transeúntes
Como si el *cólera* fuera.
No hay caballo á quien no asuste,
Ni perro que no le muerda,
Ni del tejado mejor
Que al suelo no caigan tejas.
En fin ¡aún le embisten fieros
Los mansos de las carretas!
Mas mi artista continúa,

Porque por nada se altera,
Y así el sustento ganando
Va contra viento y marea:
Y á veces, cuando se cansa
De tocar con la derecha,
Prosigue empuñando el arco
Fácilmente con la izquierda.
Estas son de mi buen músico
Las gracias y peripecias,
Mas respétale que va
A dejar pronto la tierra.
Quien no lleve en este mundo
Desde niño orden ni regla,
Esté seguro que en nada
Alejará á hacer carrera.

EDUARDO GUILLEN.



LA NIÑA PILAR SEÑORANS.

La niña Pilar Señorans, hija de un modesto servidor de Palacio, desconocida de muchos, y sólo por su familia y por sus maestras apreciada, es hoy una esperanza, y será mañana, si Dios conserva sus días, una grata realidad. En públicos certámenes, iniciados con general aplauso por el Ayuntamiento de Madrid, tan rigurosos como bien dispuestos, acaba de obtener el primer premio, el galardón más solicitado por las alumnas sobresalientes. Ese premio y ese galardón consisten en una recompensa pecuniaria, ó sea 30.000 reales, distribuidos en cinco anualidades.

Los que vivimos del trabajo y de la inteligencia; los que hemos tomado parte en públicas oposiciones; los que nos consagramos al estudio por necesidad ó por vocación, sabemos lo que cuesta alcanzar en rigurosos exámenes la primera calificación, el primer honor y la más preciada de las recompensas escolares. Así es que al presenciar la entrega del diploma á la niña Pilar Señorans, y al oír de sus labios la felicitación al tribunal y al Ayunta-

miento por la merced otorgada, no hemos podido dominar nuestras afecciones, nuestros sentimientos y nuestros regocijos. Los ojos bañados en lágrimas y el corazón henchido de satisfacción anunciaban á nuestra humilde inteligencia que algo grande, que algo desconocido, que algo extraordinario ocurría ante nuestra vista. Y era el espectáculo de ver premiados los desvelos, los trabajos y los esfuerzos intelectuales de una niña, modelo de hijas y de alumnas.

La profesora de la señorita Señorans, que lo es la maestra de la escuela pública de la calle de Bordadores, lloraba como si fuera su madre, la estrechaba entre sus brazos y cubría el rostro de besos, como si fuera su hija; y hasta el Alcalde de Madrid, que representaba en aquel acto á la capital de España, y el Sr. Galdo, que personifica el amor á la enseñanza y la protección á la juventud estudiosa, no pudieron contener sus impresiones en tales momentos.

El padre de la niña, á quien deberes in-

eludibles no le permitieron llegar hasta empezado el acto, procuraba ocultarse entre el público, y permanecía retirado allá en el fondo del salón para que nadie le viese y para que nadie le hablase. La suerte hizo que le tocara estar á mi lado, y sus palabras, tan sentidas como discretas, me impresionaron vivamente.

¡Feliz el padre que puede presenciar el triunfo de sus hijos! ¡Feliz el hijo que proporciona tales alegrías á sus padres!

La niña, en su mirada, en su acción y en sus facciones angulosas, revela una inteligencia privilegiada y una aspiración constante al trabajo. Habla y discurre como una mujer entrada en años, y aunque apasionada á juegos infantiles, el estudio y las labores la llaman con irresistible impulso.

El tribunal, que ha premiado y recompensado tantas y tan sobresalientes aptitudes, concedió el premio de honor á esa niña, modesta, laboriosa y digna de la protección municipal.

Si el procedimiento adoptado continúa aplicándose en años sucesivos; si los premios y pensiones siguen otorgándose como en el actual; si el Ayuntamiento y la Junta de Instrucción pública se consagran á esa labor, tan meritoria como patrióti-

ca, Madrid ofrecerá en lo venidero un movimiento de progreso en la enseñanza y en la educación.

Las clases laboriosas encontrarán un nuevo estímulo, y la juventud estudiosa podrá aspirar á las recompensas á que se haga acreedora por su talento y por su trabajo.

Un pueblo que recompense á la juventud estudiosa, que ennoblezca y dignifique al magisterio de primera enseñanza, y que fomente y difunda la instrucción popular, no sólo presta un servicio, no sólo realiza un deber, no sólo aviva la cultura, sino que arranca á la criminalidad gran parte de su contingente. La irreligión de la inteligencia es como la irreligión de la fe. Nada hay más presuntuoso que la ignorancia, origen de tantos males y de tantos quebrantos.

El Ayuntamiento de Madrid, al honrar públicamente á la señorita Señorans, se ha enaltecido á sí propio. El premio de hoy, es ó será la recompensa de mañana.

La opinión y la prensa felicitan á la niña laureada, y al felicitar á la niña felicitan á su segunda madre, la Corporación municipal de Madrid.

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL CABELLO SUELTO.

FÁBULA.

Peinando están á Julieta
Cabellos largos y blondos;
Peinando están á la niña
La rica madeja de oro,
Sentada Julia delante
De un tocador primoroso,
Las rubias pendientes hebras
Llegan al suelo por poco.
Sujetándolas atrás
Nudo prieto ántes que flojo,
La mano que ata el cordón
No abarca el peinado tronco.
Mira la niña al espejo,
Recreándose sus ojos,
Aún más en la mata hermosa

Que en la belleza del rostro.
Pasa el peine la criada
Pidiendo en sumiso tono
Que la infantil cabecita
Se esté un momento en reposo.
La madre, sentada cerca,
Leyendo un papel en fólio,
Finge tal vez que la riñe,
Contemplándolas con gozo,
—«Déjela usted sin peinar,»—
Dijo la mamá de pronto,
Creyendo tal amenaza
De efecto maravilloso.—
—«Mamá —repuso Julieta—
Esa palabra te cojo:

Desde hoy, para mi tocado
Moda nueva te propongo.

»¿Por qué agarrotar mi pelo
Ni hacerle pleita ni rollos,
Pudiendo lucirle más
Tendido desde los hombros?

»Recogido, no se ve
Cómo es de largo ó de corto;
¿Qué mal hay en que la gente
Sepa que le tengo hermoso?

»La lástima es que vivimos
En este rincón del globo,
Casa de campo que ignoran
Hasta el vencejo y el tordo.

»¿No es cierto que sienta bien,
No va de veras airoso
Por la esclavina esparcido
Libre el cabello de estorbos?

»Si una corona de aquellas
Que en premio gané me pongo,
Verás ¡qué bien te parezco
Sin más trenzado ni adorno!»

—«Bien,—respondió la mamá—
Condesciendo en ese antojo,
Que tiene mucho de malo
Sin lo que tiene de tonto.

»Virtud y cabello en niña
Recogidos una y otro
Se ven siempre, aunque les eche
La modestia su rebozo.

»Ponte la corona y anda
La quinta, el jardín y el soto,
Le excusas á Catalina
Más de un rato fastidioso.»

Bajóse Julia al jardín,
Corriendo cual ágil corzo:
Se mira en estanque y fuente
Y ansía mirarse en arroyo.

Sale al campo, travesea
Bajo la copa del olmo
Y al pié del nogal y el tilo
Que juntos le ofrecen toldo.

Se inclina á coger del suelo
Cantitos que ve redondos
Y las flotantes melenas
Ensúciansele de polvo.

Siéntase en la hierba un rato,
Y el cabello vagaroso
También se sienta y extiende
Manto que la envuelve en torno.

Siente algo bullir en él
Y mírale con asombro
Dè un ejército de hormigas
Plagado sin saber cómo.

Precisamente era insecto
Que ella miraba con odio:
No dejaban en su huerto
Ni una fruta ni un cogollo.

Sacude, restrega...—dentro
Del undulante manojó
Bichuelos al colodrillo
Le suben de cinco en ocho.

Váse de allí, y en la senda
En un callejón angosto
Halla un charco y un acebo
Que encima descuella fosco.

Brinca valiente la niña,
Y al dar el salto brioso
Se le alza el pelo, ayudando
El céfiro con su soplo.

Rama que baja salía
En forma de alfanje corvo
La crencha esparcida agarra,
Condiciosa del despojo.

Pendió de su vanidad
El Absalon revoltoso
Hasta que soltó gimiendo
Porción del rubio tesoro.

Con rizos de Julia el árbol
Engalanó sus pimpollos:
Punzado por ellos ella
Cayó del ramaje al lodo.

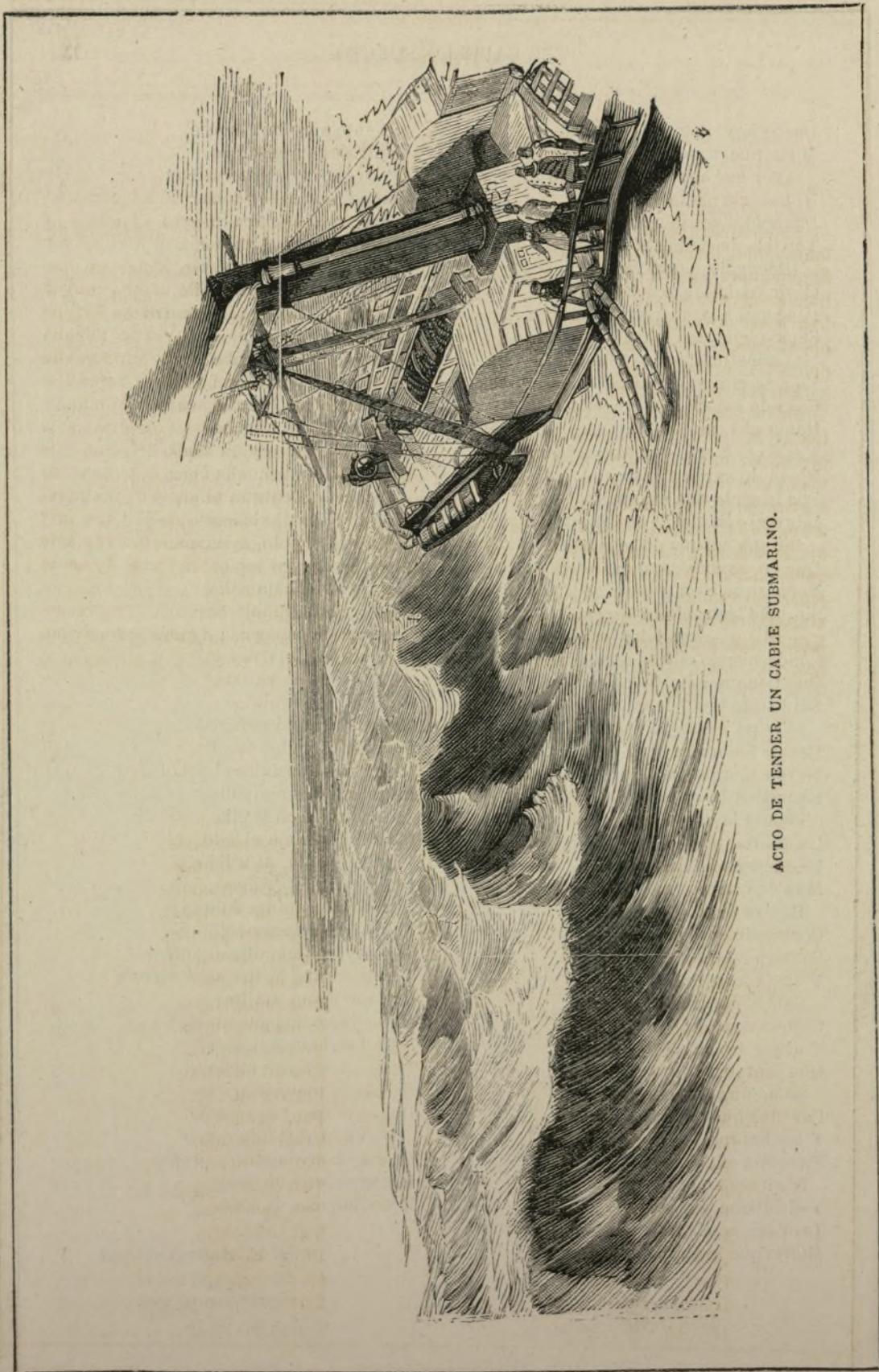
Encenagada, aturdida
Del repelón horroroso,
Vuelve á la quinta Julieta,
Muriéndose de sonrojo.

—«Ay, mamá, dijo al entrar,
Vengo á casa hecha un destrozo:
Que me lave Catalina
Y me haga despues un moño.»

La bondadosa mamá
Le dijo con dulce modo,
Sabida la historia triste
Del columpio y el remojo.

—«Ya lo ves: á la mujer
Es muy conveniente y propio
Recogimiento de pelo,
Recogimiento de todo.

J. E. HARTZENBUSCH.



ACTO DE TENDER UN CABLE SUBMARINO.

CABLES SUBMARINOS.

La electricidad, al unir entre sí á los más apartados pueblos de la tierra, mediante su aplicación al telégrafo, no había llenado más que á medias su misión: estaba reservado salvar los mares como había recorrido los continentes, y á nuestra época ha correspondido la realización de semejante empresa.

En 1839 se efectuó la primera tímida tentativa, uniendo las orillas del río Hougly en la India mediante un alambre cubierto por una capa aisladora. Diez años más tarde Jacobo Brett quiso comunicar á Francia é Inglaterra, sirviéndose de un alambre de cobre cubierto de gutta-percha, verificándose la inauguración oficial del cable en 28 de Agosto de 1850 entre Dover y el cabo Grinez. En el año inmediato se colocó otro más sólido entre Dover y Calais, y ya desde entonces la telegrafía sub-

marina en grande escala fué adquiriendo notable desarrollo.

En 1855 se unió Europa al África, por Spezzia, Córcega y Cerdeña, siendo ya desde aquel año los cables de mucha mayor amplitud. En 1858 quedaron unidas Europa y América. En el año corriente España ha conseguido comunicación directa con sus posesiones del Archipiélago filipino.

Hace poquísimos años, el viaje de nuestra Península á dichas islas invertía seis meses; la colosal apertura del canal de Suez y el empleo del vapor á la navegación, redujeron á treinta y cinco días aquel espacio de tiempo; la palabra llevada hoy en alas de la electricidad, sólo invierte nueve horas, por las operaciones á que da lugar la trasmisión.

Nuestra lámina de la plana 76 representa el acto de tenderse un cable submarino.

LUISITO.

Era Luisito
Niño travieso,
Largo de manos,
Vivo de genio,
Muy revoltoso,
Muy bullanguero,
Muy duendecillo,
Muy tiranuelo.
Pinchaba al gato,
Pegaba al perro,
Y ni un instante
Se hallaba quedo.
No estaba libre
Ningun objeto
De sus curiosos
Experimentos,
Pues él rompía,
Sin tener duelo,
Libros, papeles,
Platos y espejos.
¿Pues y zapatos?
¿Pues y sombreros?

¿Pues y mandiles
Y trajes nuevos?
Siempre saltando,
Siempre corriendo,
Dándose siempre
Golpes tremendos.
Con su viveza
Y aturdimiento,
Con sus antojos
Y sus empeños,
Era un nublado,
Era un siniestro.
Pero tenía
Tanto gracejo,
Era tan mono,
Tan desenvuelto,
Tan oportuno,
Tan picaresco,
Daba señales
De tal ingenio,
Que en él sus padres
Gozosos vieron

A una lumbrera
 Del universo.
 Mas una tarde
 Del frío invierno,
 En que sombrío
 Se muestra el cielo.
 Nuestro Luisito
 Yace en el lecho
 Sin alegría,
 Sin movimiento;
 La calentura
 Rinde su cuerpo,
 Arde su frente,
 Quema su aliento.
 Su pobre madre,
 Con desconsuelo
 Mirando al niño,
 Siente en el pecho
 Mil angustiosos
 Presentimientos,
 Y así le dice
 Dándole un beso:
 —Mira, Luisito,
 Vamos, lucero,
 Abre los ojos,
 Deja ya el sueño,
 Quiero un ratito
 Verte despierto.
 Mira el caballo
 Con sus arreos,
 Y el cochecito
 Ya le han compuesto.
 Oye, mi vida,
 No estés tan serio,
 Vuelve á tus risas,
 Vuelve á tus juegos.
 Mira: aquí tienes
 Mucho dinero
 Para confites
 Y caramelos.
 ¿No me contestas?
 ¡Oh, Dios eterno!
 ¡Nada le alegra!
 ¡Vano es mi esfuerz!
 ¿No habrá esperanza?
 ¿No habrá remedio?
 ¡Virgen del Cármen,
 Yo te encomiendo
 A este angelito
 Que es mi consuelo!
 Si Tú le curas
 Yo te prometo
 Oír cien misas,

Vestir de negro,
 No ir al teatro,
 No ir al paseo,
 Y una cadena
 Ponerme al cuello.—
 Mas ¡ay! Luisito
 Vive muriendo,
 Y ya la parca
 Llega á su lecho
 Sin que la apiaden
 Llantos ni ruegos.
 La noche sigue
 Su curso lento,
 Y cuando el alba
 Viene esparciendo
 Luz, alegría,
 Vida y contento,
 Cuando las aves
 Tienden su vuelo,
 Y nos saludan
 Con sus gorjéos,
 Por los espacios
 Lúgubres ecos
 Do quier repiten:
 «Luisito ha muerto.»
 ¡Ay pobre madre!
 ¡De qué sirvieron
 Tantos afanes
 Tantos desvelos!
 ¡Dardo acerado
 Rasga tu pecho,
 Y ya la vida
 Y el mundo entero
 Son á tus ojos
 Triste desierto!
 ¿Quién ha de darte
 Dulce sosiego?
 ¡Tus ilusiones
 Todas murieron!
 Mas calma un poco
 Tu sufrimiento;
 Tu labio impío
 No clame al cielo;
 Porque Luisito
 Vive en lo eterno,
 Y es de la gloria
 Dichoso dueño.
 ¿Qué le ofrecía
 Arido el suelo
 Do el hombre sigue
 Con paso incierto?
 ¿Sábeslo acaso?
 ¿En tu cerebro

Se halla la clave
De ese secreto?
No, pobre madre:
Tu amor inmenso
Sólo te inspira
Tristes lamentos.
Pero desecha
Tu desconsuelo,

Y á Dios levanta
Tu pensamiento:
El lo ha querido,
El lo ha dispuesto:
Sus altos fines
No comprendemos.

FRANCISCO GARCÍA CUEVAS.
Torrelaguna 7 de Agosto de 1880.

ACTUALIDADES.

Al publicar hace pocos meses la reseña biográfica y retrato del ilustre maestro de los escritores modernos D. Juan Eugenio Hartzenbusch, nos hallábamnos muy distantes de presumir que tan en breve habia de abandonarnos. El inspirado autor dramático, el insigne fabulista, el sabio académico, que tanto lustre supo dar con sus trabajos á las letras españolas, ha muerto en Madrid el día 2 del corriente mes de Agosto, siendo llorado por cuantos pudieron conocer y supieron apreciar sus altas dotes de saber y de virtud.

Damos las gracias al Sr. D. José María Sevillano Lopez, abogado de los Tribunales de la nación, por el ejemplar que se ha servido remitirnos del útil librito que ha publicado con el título de *Código penal al alcance de los niños*.

La institución de las Cajas de Ahorros escolares sigue su marcha, siendo ya muchas las escuelas en que se halla establecida. En la que dirige en Leganés D. Ignacio Marcos de Leon, se verificaron el domingo último 48 imposiciones.

La Sociedad protectora de Niños, recientemente establecida en esta corte, se ha hecho cargo de la desgraciada huérfana del reo Alvarez Oliva, en quien la justicia cumplió su terrible fallo el 11 del corriente mes. El tesorero de dicha Sociedad, don Matias Lopez, recibe donativos para aquel piadoso fin en su comercio de la Puerta del Sol.

Las escuelas de Artesanos de Valencia, que preside el Sr. D. Francisco Dominguez, continúan siendo cada vez más concurridas. Quince son los centros de enseñanza hoy establecidos y 2.300 el número de alumnos que á ellos asisten. Es verdaderamente consolador ver acudir á dichos centros de enseñanza, entre los cuales hay uno de dibujo, otro de frances y otro de música, esa pléyade de obreros que buscan la ilustracion en las horas que sus honrados quehaceres les permiten, en vez de concurrir á los templos del vicio, como ántes sucedía.

Las escuelas de Artesanos de Valencia han figurado y obtenido merecidas recompensas en varias exposiciones, entre ellas, las de Filadelfia, Paris, y últimamente la local de Valencia en el pasado año celebrada.

SOLUCIONES A LOS JUEGOS DE IMAGINACION PUBLICADOS EN EL NÚM. 3.º

FUGA DE CONSONANTES.

He nacido en Orihuela
Y vivo en Guadalajara;
Ser escritor es mi anhelo,
Y firmo con anagrama.

Problema.—Responden á la propiedad exigida en el mismo, Orihuela y Villarluengo.

Charada primera.—Tipos.

Charada segunda.—Sino.

Charada tercera.—Cortaplumas.

Han remitido soluciones y recibido el libro de regalo prometido por tal concepto, los niños Doña Mercedes Capo, Doña Jesusa y Doña Encarnacion de Granda, D. Fernando Lopez y D. Adolfo Ramirez.

FUGA DE CONSONANTES.

.e.o .o e.a..a e. .u.o.o.
 .a.e e. .u. o.o. e. .ue.o;
 .o e. .e e...a.a. ua.o .i.o
 .ue e. .u. i.a.a. .e.ue.o.

FUGA DE VOCALES.

.s e.m. l. pl.nt. .nc.lt.
 .l h.mbr. s.n .nstr.cc..n
 . n. d. fr.t. n.ng.n.
 . e.r.e. d. s.z.n.

CHARADAS

I.

Vive en *tercera segunda*
 Una niña de *primera*,
 Que si un peligro presente
 Del se *prima dos* ligera,
 Maneja *segunda cuarta*
 Para pegar á la perra
 Y cuando la plana escribe
 Usa del *todo* en la escuela.

II.

Encima de *prima dos*
 Llevo *dos prima* repleta,
 Porque me cupó la suerte
 De entrar en las *dos primera*.

Las soluciones ántes del día 22. Los niños que nos remitan dos ó más, tienen derecho á una lámina, que podrán recoger en nuestra Administracion, si no prefieren que se la enviemos.



Este niño chiquitin
 No se llama Nicolás,
 Que se llama Serafin
 Y es guapo como el que más.
 Quiere saltar y correr,
 Si no está de mal humor;
 Así siempre hay que acceder
 A lo que manda el señor;

Pero ya sabe rezar
 Y tambien hacer palotes,
 Y nunca hizo por llevar
 Media docena de azotes;
 Porque en todo Serafin
 Es bueno como el que más,
 Y aunque así tan chiquitin
 No se llama Nicolás.